

PUNTO V.

Tormentos que padece el sentido del tacto.—Hállanse aquellos desgraciados como embestidos é impregnados interior y exteriormente de fuego!.... fuego devorador, que hierve en las venas,.... se insinúa en las arterias,.... penetra por todos los poros, y los abrasa sin consumirlos jamás!.... Como el desventurado Epulón, se verán precisados á lamentarse, exclamando: "*Me veo horriblemente atormentado en estas llamas*".... No dice "abrasado;" porque el fuego del infierno no se limita sólo á abrasar, sino que en él se padecen todos los tormentos imaginables!....; Fuego sobrenatural, que armado como con divinos atributos, se cebará en el infeliz condenado con increíble saña, para castigar en él los pecados todos con que aquí ha ofendido á la infinita Majestad de Dios,.... fuego, que manifestará tener misteriosa ciencia, al ensañarse de un modo especial en los sentidos que fueron más culpables!.... fuego racional, como dicen algunos Santos Padres, porque, como si estuviese dotado de sabiduría, castigará cada una de las partes del cuerpo, según el grado de malicia que haya tenido cada uno de los pecados!.... Fuego que parece huir y extinguirse, y de nuevo penetra como reanimado, más abrasador y más sañudo por los innumerables poros del cuerpo!.... ¡Ah! ¿quién podrá hábitar entre aquellas llamas devoradoras?... ¿Serás tú?... ¿Tú que tanto te amas á tí mismo?... tú, que rehuyes constante é ingenioso la más ligera mortificación?... ¿Tú, que aborreces hasta el nombre de sacrificio y de cruz,.... y sólo

piensas en pasar de la manera más agradable la vida?... ¿Serás tú?... Desventurados hay, que se jactan de no creer.... Sin duda, que no por eso dejarán de ser reales y terribísimos aquellos eternos tormentos.... Bien que, en este punto la falta de fe es uno de los vicios que tienen total enmienda en el infierno.... Porque ¿sería posible que todavía dejase de creer el infeliz que se encuentra entre aquellas devoradoras llamas, y en ellas arderá, sin consumirse, por siglos eternos?....

Para no ir allá ¿qué debo hacer?....

Afectos,.... Propósitos,.... Coloquios,....

DIA XI.

MUERTE.

I. *Preludio.*—Imaginarne que me estoy muriendo, empujando en una mano el crucifijo, y en la otra la vela bendita.

II. *Preludio.*—Pedir gracia á Dios nuestro Señor, para que á la luz que brota del pensamiento de la muerte, íntimamente conozca la vanidad de la vida.

PUNTO I.

Todo nos habla de la muerte.—Verdades hay que no son muy claras, y se hace preciso probarlas. La muerte es tan clara, que por sí misma se prueba, y éntrenos de la manera más evidente por todos los sentidos.... Pero no sólo perciben la muerte todos, y cada uno de nuestros sentidos; sino que les habla

de la muerte casi todo lo que de alguna manera puede afectarlos.....

I. Ven nuestros ojos el cielo,..... el Sol,..... los planetas;..... cielo, que se agita con rapidísimo movimiento;..... Sol y planetas, que pasan ante nuestros ojos en precipitada carrera,..... para enseñar tal vez á nuestros ojos que la vida es brevisima jornada, que se acaba en muy poco tiempo,..... que no es más que un continuo correr, que pronto termina. Ven embelesados nuestros ojos, árboles, plantas, flores; y en breve contemplan que la frondosidad que admiran en los bosques, y la verdura de los campos y la exuberante vegetación de los jardines tienen su invierno, y en pocos días árboles, mieses y plantas se descoloran, cuando no han caído ya al golpe del hacha ó á la intemperate saña de la hoz..... Ven nuestros ojos, al recorrer calles y plazas, hombres, señoras, vivientes de toda categoría y especie, casas, iglesias, monumentos;..... y observan también que esos vivientes se mueren, y que hasta los mismos edificios envejecen y se convierten en ruinas, imagen de la muerte..... ¡Y estos mismos ojos que ahora ven, han de eclipsarse un día, y convertirse en polvo!.....

II. Llega á nuestros oídos el murmullo del río, el cual corre sin detenerse nunca, rápido y majestuoso, en dirección al mar, que viene á ser su sepulcro. El ruido acompasado del reloj y el progreso del tiempo que va marcando la hora, me advierten que ya tengo menos momentos de vida..... La encantadora armonía de la música, la dulce melodía del canto, el timbre suavísimo de la voz..... cesan, es-

piran..... y su eco viene á extinguirse en mis oídos..... ¡También muere el sonido!.....

III. Y no menos entra la muerte por las ventanas del gusto. Porque cuando comemos, observamos, como nueva lección de la universal caducidad de las cosas humanas, que la carne con que nos alimentamos, es carne muerta; la fruta, es muerta también; el pan, formado de granos secos; y el vino, esprimido de uvas cortadas!.....

IV. Aun el sentido del olfato viene á confirmarnos en la saludable necesidad de morir. La más insupportable fetidez nos despierta, avisándonos que todavía será mayor la que despida nuestro cuerpo ya cadáver..... Los olores más suaves y exquisitos, al exhalararse con tanta rapidez, nos dicen que tal es la velocidad con que se va pasando nuestra vida; y que llegará pronto el día, en que el alma con la rápida exhalación del rayo, romperá sin consideración alguna las pesadas ligaduras que la atan á nuestro cuerpo, dejándolo irio, pálido y sin vida.....

V. El tacto nos advierte también esta verdad..... Esos vestidos, si son de seda, nos dicen que proceden de gusanos muertos; si de lana, nos recuerdan que vistieron un día á animales hoy degollados..... Los muebles de que uso, son de madera que un tiempo fué viva, y hoy..... qué es del árbol del cual ha sido aserrada..... La casa que habito, y los bienes que poseo, fueron de otro que no existe ya..... En el cargo que desempeño, otro me ha precedido, del cual hoy sólo queda el recuerdo.....

PUNTO II.

La muerte nos despoja de todo.—I. De la fortuna; pues al más acaudalado, de tanto dinero no le deja un peso; de tantos vestidos con tanto primor y tan detenida elección preparados para los días de gran fiesta, para la ciudad y para el campo, no le deja más que uno con que le amortajen. . . . Era dueño, y dueño tan respetado y tan temido; y ahora la muerte le arroja fuera de su casa, de aquella casa amueblada con tanta esplendidez y exquisito gusto; fuera. . . . de aquellos almacenes llenos de ricas mercancías; . . . fuera. . . . de aquel empleo adquirido ó comprado á costa de tantos trabajos y humillaciones! . . .

II. De los bienes naturales; de aquel hermoso semblante, de aquellos ojos tan expresivos, de la elegancia y delicadas maneras en todos sus miembros, memoria privilegiada. . . . entendimiento vivo y perspicaz. . . . profundo saber! . . . Ya no hay palabras en aquella boca, antes tan graciosa en el decir; . . . ni mirada en aquellos ojos eclipsados; . . . ni movimiento en aquel cuerpo, un día tan majestuoso y tan flexible! . . .

III. De los bienes sobrenaturales. Estaba ya para convertirse á Dios. . . . Atormentada con cuentas atrasadas y gravísimas su conciencia, había resuelto ya reconquistar la paz del alma, por tanto tiempo perdida, y dar de mano á las engañosas vanidades del mundo. . . . Habíase fijado ya en el confesor, á quien descubriese sin reservas toda su conciencia. . . . Pero vino traidora la muerte, y. . . . quedó en proyecto su conversión. . . . ¿Habrá quedado también

en proyecto la salvación de su alma? . . . ¡Ay!; Qué desacierto tan grave el dejar para mañana la enmienda de la vida! . . .

IV. De la figura. Sólo ésta le quedaba de todos sus pasados bienes, y aún de ésta le despoja la muerte. . . . Tiempo hubo, en que con gracia singular y envidiada gentileza cruzaba las calles y las plazas, provocando tal vez entusiastas comentarios entre amigos y admiradores. . . . Hoy, por aquellas mismas avenidas, teatro de sus pasadas glorias, llévanle á enterrar, cubierto con un paño el desfigurado semblante! . . . Como si pretendiesen arrebatarle á los estragos de la muerte, ocúltanle dentro de tres cajas. . . . Pero, á pesar de tan minuciosas precauciones, en breves días la carne se ennegrece, y á favor de la putrefacción véñse florecer el rostro y las manos, y cubrir de amarillento moho todo el cuerpo. . . . La parte carnosa se resuelve en podredumbre, y entre ella multiplicanse y bullen los gusanos, buscando pasto á su asoladora voracidad! . . . Desaparece la figura; y tiempo después hasta la solidez y la forma de los huesos. . . . De algunos personajes, cuya fama parece llenar los siglos, queda todavía el suntuoso sepulcro; y en él, como único resto de la inanimada majestad que antes le llenaba, . . . diez onzas de polvo! . . .

PUNTO III.

Angustias en la hora de la muerte.—I. Lo pasado le conturba y acobarda, tal vez. . . . Las satisfacciones que ha gozado, le parecen sueño. . . . Como á Antioco, acibara su alma el recuerdo de los pecados

cometidos. . . . Aquellas simpatías, que él creyó inocentes, ahora reconoce que fueron más graves; aquellos contratos, al parecer justos, no lo eran; aquellas confesiones, que parecían buenas, resultan sacrilegas. . . . Sólo vivió en el mundo para gozar la mayor suma posible de satisfacciones, no para servir á Dios; siguiéndole por el camino de la cruz, ni para interesarse por el alma y el bienestar de sus prójimos. Agitábase, tal vez, el ansia de honores, lujo, comodidades, y aficiones. . . . no conformes á la ley de Dios! ¡ Ah! "Cercáronme dolores de muerte; y torrentes de iniquidad me llenaron de terror."

II. *Lo presente*.—Atórméntanle las angustias de la enfermedad, la separación de la familia, la pérdida inminente de los bienes, que constituyen su dicha, y, como en otro tiempo el desdichado Agag, exclama: "¿Con tan ruda inclemencia viene la muerte á separarme de lo que más amo sobre la tierra?" El demonio, persuadido de que le queda ya poco tiempo, lo aprovecha solícito para tentar al moribundo, como sagaz acreedor que gestiona incansable el pago de sus créditos. Y si en vida era tan fácil el doliente para ceder á la tentación, ¿qué será en aquella hora suprema, en que son más recias las embestidas del enemigo y más débiles las fuerzas con que cuenta para resistirle? Tal vez, rodeado de familia más cariñosa que cristiana, fáltale al angustiado moribundo una persona verdaderamente caritativa, que sobreponiéndose á la corriente asoladora de los respetos humanos, le excite á recibir los últimos sacramentos. ¡ Pocas calamidades hay,

que con tan bárbara inhumanidad puedan pesar sobre el alma infeliz del moribundo, como la calamidad funestísima de parientes que, mintiendo cariño, descuidan el bien espiritual del enfermo, privándole de los últimos sacramentos! ¡ *Mintiendo cariño*, si! Que no es verdadero cariño dejar que se pierda su alma, á trueque de que aquí tenga, como ellos equivocadamente dicen, un día más de vida. Pero, felizmente se confiesa. ¿Será esa una de tantas confesiones de última hora, en las cuales ni hay preparación, ni verdadero propósito de la enmienda, ni reparación de los perjuicios causados al prójimo? El confesor nada dice, porque nada puede decir; ni aun siquiera se atreve á pensarlo. Pero San Agustín nos enseña que "la penitencia improvisada y tardía, rara vez es verdadera penitencia". Y yo ¿dejo para entonces el arreglo de las cuentas, que tengo pendientes con Dios?

III. *Lo futuro*.—Aflígele la consideración de la suerte eterna que le espera. Siquiera esta confesión ¿habrá sido bien hecha? El propósito ¿será firme? ¿Verdadera la contrición? Preguntaba ansioso y arrepentido un moribundo á su confesor. "¿Dónde estará mañana?" "En el fuego, le contestó el sacerdote; pero espero que será el fuego del Purgatorio." Tal como se halla hoy mi alma ¿podré lisonjearme con la esperanza de que fuese al Purgatorio? ¡ Y yo, que soy tan poco mortificado! Un sudor frío cubre ya el cuerpo del moribundo; corre por todo él ese misterioso estremecimiento, seguro precursor de la muerte; desplómense desfallecidos los brazos, levántase el pe-

cho, hinchanse las piernas, afilase la nariz, está ya para asomar la última lágrima, . . . el moribundo hállase en agonía. . . . Por dicha suya, acude á auxiliarse en aquel apurado trance un sacerdote. . . .
 “Sal de este mundo, alma cristiana; en nombre del Padre, que te creó; en nombre de Jesucristo, que padeció por ti y te redimió; en nombre del Espíritu Santo, que sobre tí derramó sus gracias. Al salir tu alma del cuerpo, sálgame al encuentro esplendísimo coro de ángeles”. . . . ; Ah! . . . ; Será verdad tanta dicha? . . .

No podrá serlo, si el alma no está cristianamente preparada. ¡ Infeliz! . . . Al oír que la invitan á que salga de este mundo, razón podría tener para temblar, preguntándose: “Y ¿á dónde? . . . El Padre me creó, sí; pero yo no correspondí al fin para el cual me había creado! . . . El Hijo padeció por mí; pero ¡yo he pisoteado tantas veces su divina sangre! . . . El Espíritu Santo derramó sobre mí sus gracias; pero ¡yo no he querido aprovecharme de ellas! . . . Al salir mi alma del cuerpo, el coro que salga á recibirla ¿será realmente de ángeles?” . . .

Afectos. . . . Propósitos. . . . Coloquios. . . .

DIA XII.

LA APARICIÓN DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE.

I. *Preludio.*—Imaginarlos que la contemplamos en la cumbre del Tepeyac hablando con Juan Diego.

II. *Preludio.*—Pedir humildemente gracia á Dios nuestro Señor, para que en adelante correspondamos

al amor tiernísimo de María, portándonos como buenos hijos.

PUNTO I.

La Santísima Virgen de Guadalupe viene á ofrecérsenos como Madre.—Quiso la Immaculada Madre de Dios fijar su augustó trono entre los mexicanos, en el cerro feliz de Tepeyac, . . . y entre numerosas luces de inusitado resplandor y embelesadoras y celestiales armonías, muéstrase con indescriptible majestad al humilde neófito Juan Diego, revclándole su dignidad altísima, y le encarga vaya á pedir al Obispo que en aquel cerro se le erija un templo, en que oiga benígna las súplicas de sus queridos hijos los mexicanos y reciba sus cariñosos obsequios. . . .

“Sábete, hijo mío muy querido, le dice la celestial Señora, que yo soy la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios, Autor de la vida, criador de todo y Señor del cielo y de la tierra, que está en todas partes; y es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde como *Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa*, y la compasión que tengo de los naturales, y de aquellos que me aman y buscan, y de todos los que solicitaren mi amparo, y me llamaren en sus trabajos y aflicciones, y donde oír sus lágrimas y ruegos, para darles *consuelo y alivio*”. . . . ; Cuánta bondad en nuestra Madre amabilísima! . . . ¡Llena de gloria, . . . acompañada de brillante cortejo de millares de ángeles, . . . baja de los cielos para brindarnos con su protección poderosísima! . . . Y para que de una manera sensible y perpetua nos conste su maternal solicitud y el

empeño que tiene de ayudarnos con su altísimo valimiento á salvar nuestras almas, quiere dejarnos una Imagen suya preciosísima; y de frescas y olorosas flores, que brotan por milagro en pleno invierno en la estéril y pedregosa cumbre del cerro, hace que en la misma tilma del venturoso neófito que las lleva, quede sobrenaturalmente pintada en presencia del Obispo esa bellísima y celestial Imagen, que hoy con tan tierna piedad veneramos.....

Viene á ser para nosotros Madre cariñosísima; y uno de sus primeros cuidados es atraer á la fe de su divino Hijo, en solos ocho años, más de ocho millones de indios, siendo así que antes de su feliz aparición apenas habian ingresado en el gremio de la Iglesia católica, durante siete años, un millón, niños en su mayor parte..... ¡Qué tierna ansiedad la de nuestra dulcísima Madre porque se salven nuestras almas!.....

Y ¡qué prolijos y cariñosos cuidados los suyos, en favor de la naciente Iglesia!..... Cuando de 1544 á 45 causó tan cruel estrago entre los indios la terrible enfermedad del *cocolixtli*, en que perecieron ochocientos mil, apenas fué invocada con una devota peregrinación de indiecitos de seis á siete años, la celestial Madre de Guadalupe, cesó la peste como por ensalmo..... Y esto mismo sucedió en tantas otras calamidades del siglo XVI y de los que le siguieron..... ¡Igual solicitud de Madre cariñosísima, durante la memorable inundación de 1629, en que perecieron treinta mil naturales y cerca de veinte mil familias de españoles!..... Un siglo después, en 1737, el *Matlazahuatl* hizo en pocos meses más de *selecien-*

tas mil víctimas; pero apenas los cabildos eclesiástico y regular de México deliberan seriamente sobre la necesidad de jurar por Patrona á la Santísima Virgen de Guadalupe, desaparece el terrible azote de la peste!

Y ¡quién pudiera referir los beneficios particulares hechos á sus fieles hijos los mexicanos en el transcurso de cerca de cuatro siglos!..... Yo mismo ¡podría darme cuenta de la maternal protección que ha venido desplegando en mi obsequio desde hace tantos años, en tantas necesidades y peligros en que la he invocado como Madre tiernísima?.....

PUNTO II.

Debemos portarnos siempre con Ella como buenos hijos.
—A tan amante solicitud por nuestro bienestar temporal y nuestra salvación eterna, preciso es que correspondamos con sincero reconocimiento y con filial amor..... Desde su gloriosa aparición ha sido siempre ruidoso y devotísimo el culto con que la veneraron nuestros padres..... ¡Novenas!..... Misas cantadas!..... letanías!..... salves!..... rosarios!..... peregrinaciones animadísimas!..... fiestas las más solemnes!..... Y ¡qué piadosa liberalidad en promover la magnificencia de su culto!..... Sin contar el oro y las piedras preciosas con que la obsequiaban gozosísimas y rendidas las generaciones mexicanas, sólo la plata de las lámparas y demás alhajas y útiles del culto, prescindiendo de los vasos sagrados, pesaba á fines del siglo XVII, más de cuatro mil cuatrocientos noventa marcos!..... Ya entonces servían el Santuario del Tepeyac seis capellanes perpetuos, encar-

gados de celebrar la santa Misa y asistir en corporación á las Salves, Visperas y festividades de la celestial Señora.

Ya entonces, apenas había en toda esta Nación religiosísima, una familia en queno fuese tiernamente venerada alguna copia de la celestial Imagen de nuestra Señora de Guadalupe! Apenas podría encontrarse entonces un mexicano que no se honrara con llevar al cuello una medalla de la Madre dulcísima de Guadalupe! En su celebrado santuario recibían devotos el bastón de su alta dignidad los Virreyes, antes de tomar posesión de su cargo. Allí se preparaban con Novenas y devotas prácticas los arzobispos de México, para inaugurar con acierto los trabajos de su elevada jerarquía! Desde los reyes de España hasta el más ignorado de los habitantes de este vasto país del Anáhuac, virreyes, obispos, títulos de Castilla, magistrados, magistrados, sacerdotes, religiosos, sabios, literatos, artistas. el nobilísimo pueblo mexicano, sin distinción de clases ni jerarquías, gozábanse á porfía en tributar con entusiasta piedad y ardiente amor á la Santísima Virgen de Guadalupe sus más tiernos obsequios, sus más ricas ofrendas, todo el ardor de su alma, los afectos todos del corazón.

¡Madre amantísima de los mexicanos! Yo también te saludo, amante y agradecido! Has sido siempre nuestra Madre. ¡Hoy, solemnemente coronada tu celestial y bellísima Imagen, eres, además y con título especialísimo, nuestra Reina! Y ¿qué hago yo en obsequio de mi dulce Madre? ¿de mi cariñosa y poderosísima Reina?

¿Tributarle rendidos obsequios? ¿Propagar el conocimiento de su interesantísima historia, su culto, su devoción, su amor, dentro y fuera de la Nación Mexicana?

Afectos. Propósitos. Coloquios.

DIA XIII.

JUICIO PARTICULAR.

I. Preludio.—Imaginarnos que en el mismo instante que sigue á nuestra muerte, nos encontramos ante el divino Juez, para darle estrechísima cuenta de toda nuestra vida.

II. Preludio.—Pedir al Señor conocimiento íntimo de lo terrible de sus juicios.

PUNTO I.

Comparece el alma ante el tribunal de Dios.—Y ¡con cuánto temor! Temblaba ante el día terrible de la cuenta el santo Job. El santo abad Elías, que, desasido de todo afecto á las cosas de la tierra, vivía más como ángel que como hombre, exclamaba: "Tres cosas me hacen temer: la salida de mi alma del cuerpo, la severidad del juicio y la sentencia del divino Juez". Y el Apóstol de las gentes, tan favorecido de Dios nuestro Señor, que se dignó un día elevarle hasta el tercer cielo, en el cual oyó misteriosos arcanos que no pueden ser expresados con humano lenguaje; el apóstol San Pablo, aunque nada encontraba en su conciencia, que

le arguyese de pecado, temía: porque los juicios de Dios son muy distintos de los juicios de los hombres!.....

Esposa fiel del poderoso rey Asuero, era la virtuosa Ester; y sólo por verle en actitud majestuosa, sentado en magnífico trono y rodeado de la brillante corte de sus sátrapas y ministros, cayó desmayada en brazos de sus doncellas!..... ¿Cuál será el temor que se apodere del alma, no ya fiel como Ester, sino tantas veces desleal y pecadora, al encontrarse en el terrible tribunal de Dios?..... del Dios tres veces santo, que profesa odio eterno al pecado..... de un Dios, cuyo poder no se limita á las ciento veintisiete provincias de la monarquía de Asuero, sino que se extiende á todo el universo y dura por todos los siglos?..... Un río, cuya caudalosa corriente pudiese ser durante treinta años contenida por sólidos y elevados diques, destruidos éstos en un momento ¿con qué impetu se desbordaría inundando los campos, asolando las ciudades y arrollando con su arrebatada corriente todo cuanto encontrase á su paso?..... Tal es la infinita justicia de Dios nuestro Señor, suavemente contenida por su amorosa misericordia en los años que van corriendo de nuestra existencia!..... ¿Quién no te temerá, ¡oh, Señor! Rey de las naciones y de todos los siglos?.....

PUNTO II.

Examen, que hará el Señor, de nuestra vida.—“Dame, cuenta, dirá, de tu administración”..... del empleo de los sentidos de tu cuerpo,..... de las potencias

de tu alma,..... de tantos millares de celestiales gracias, que has recibido..... Pedirá cuenta de todo,..... porque no se le oculta ninguno de nuestros pasos..... Su juicio será severísimo..... tiene dicho que juzgará con delicadísimo rigor las mismas obras buenas,..... los pecados cometidos por mí..... ¡Ah!..... “*Mis maldades sobrepujan por encima de mi cabeza: y como una carga pesada me tienen agobiado*”..... Cometidos por otros, con alguna intervención mía..... por escándalos,..... seducción,..... impiedad,..... por la palabra,..... por la prensa..... ¡Míos son también, y claman venganza!.....

Pecados de omisión, por haber descuidado la corrección de aquellos que me están sujetos;..... el buen ejemplo, á que estoy obligado;..... el pago de aquellas deudas,..... restituciones;..... la reparación de aquellos daños causados..... Pecados no impedidos cuando pude y debí hacerlos.....

Las mismas obras buenas, que por alguna circunstancia resultaron mal hechas, por el modo, pues fueron hechas con imperfección,..... tibieza;..... por el fin, pues con ellas se mezclaron la vanagloria,..... el amor propio,..... la hipocresía,..... la ostentación..... ¿Cuántos, á pesar de las obras buenas que creen haber practicado, resultarán en aquel día “*dedichados, y miserables, pobres, ciegos y desnudos!*”.....

Las gracias,..... el tiempo de que pude disponer,..... las oportunidades que se me ofrecieron para aquella obra de la mayor gloria de Dios,..... para la conquista de aquella alma,..... para el triunfo de la justicia en aquel caso,..... para una lección enérgica y decisiva con aquella protesta que debí ha-

cer, para triunfar de mí mismo en aquella circunstancia!

¿Hago con la debida minuciosidad examen de mi conciencia, para juzgarme con saldable rigor á mí mismo, antes de que me juzgue en aquel terrible día de mi muerte el soberano Juez?

PUNTO III.

La sentencia.—No habrá excusas que alegar ante el divino tribunal; porque, si soy *frágil*, la gracia pudo hacerme fuerte; si *juven*, tiernos niños y delicadas doncellas han dado muchas veces al mundo lecciones de cristiana fortaleza; si eran fuertes las tentaciones, y complicada y peligrosa la *ocupación*, poderosos eran para sobreponerme á todos esos inconvenientes los divinos auxilios. . . . ¿No reconoces hoy mismo su eficacia?

Y ¿qué harás si te fuese desfavorable la *sentencia*? ¿Pretenderás encontrar valedores, que contra ella te amparen? Pero ¿quiénes? ¿Dios nuestro Señor? No lo será; porque aquel ángel misterioso del Apocalipsis "*juró por el que vive en los siglos de los siglos*" que ya no habrá más tiempo," ni posibilidad de apelación. . . . ¿La Santísima Virgen? Tampoco; porque, como dice San Agustín, "en aquella noche de espesas tinieblas esta hermosísima Luna no dará luz". . . . ¿Los santos? Lo único que entonces harán, será exclamar: "*¡Justo eres, oh, Señor, y rectos son tus juicios!*". . . . ¡Ah! Si tanto temía el pueblo de Israel oír la voz majestuosa de un Dios amable y protector

en la cumbre del Sinai, ¡qué terror no sentirá el alma infeliz, si la sentencia que en este juicio particular mereciere, fuese sentencia de condenación! ¡Sentencia inmutable! eterna. . . . ¡tan eterna como el mismo Dios! ¿Qué sentencia merecería hoy la vida que actualmente llevo? ¿Qué hacer, para que en su día la sentencia que yo merezca, sea de goces eternos?

Afectos. . . . Propósitos. . . . Coloquios. . . .

DIA XIV.

ETERNIDAD.

I. *Preludio.*—Imaginarnos que vemos al rey David, el cual, humildemente postrado ante el Señor y derramando abundantes lágrimas, exclama: "*¡Púsame á considerar los días antiguos y á meditar en los años eternos!*"

II. *Preludio.*—Pedir al Señor gracia para conocer algo de lo que es la eternidad, y para tenerla presente en todas mis acciones.

PUNTO I.

Lo que es la eternidad.—Más fácil es meditar lo que no es la eternidad; porque ni es tiempo, ni parte alguna de tiempo. . . . Si pensamos en la larga duración de un millón de años, y tantos millones de años como granos de trigo pueden caber en toda la tierra, y como gotas de agua contienen todos los ríos y los mares; nada pensamos que tenga alguna

proporción con la eternidad. Es la eternidad un abismo insondable, que se encuentra tanto más profundo, cuanto más se mide con el pensamiento! La eternidad es inmutable, y de ella es incapaz de darnos verdadera idea la duración de muchos siglos, ni la sucesión de los tiempos. Porque el tiempo *pasa*, como pasan las aguas de un río; la eternidad está siempre *fija*, más que esas rocas, al parecer incommovibles, que desafían la furia de los vientos y las embestidas constantes de las olas en las riberas de los mares. El tiempo muévase, como se mueven y giran los planetas en el firmamento, como se suceden indetectiblemente los días y las noches; la eternidad es inmutable, como sol que no conoce ocaso, como noche á la cual nunca sucede la mañana. La eternidad es un reloj fijo, en el cual con manecillas que no se mueven se nos indica, de una parte el *siempre*; de otra el *jamás!* Y ¡yo estoy sentado á las puertas de la eternidad! Y ¡lo peor es que no me preocupo, como debiera, de preguntarme á qué clase de eternidad me dirijo!

PUNTO II.

La eternidad, á que debo aspirar con todos mis esfuerzos, es la eternidad feliz.—“El hombre sale como una flor, y luego es cortado y se marchita; huye y desaparece como sombra, y jamás permanecé en un mismo estado. El árbol tiene esperanza de reverdecer, aunque sea cortado, y en efecto brota y echa sus renuevos. Pero el hombre, una vez muerto y descarnado y consumido, dime, ¿qué se hizo de él? ¿Acaso ha de volver á vivir, habiendo muer-

to ya?” Esto pensaba muchos siglos hace el santo Job, preocupado con la salvadora idea de la feliz eternidad. El hombre “desaparece como sombra,” porque va de viaje á la eternidad; de allí ya no se vuelve! Y en el estado en que sea colocado el hombre después de su muerte, en ese mismo permanecerá inmutable por toda la eternidad; feliz para siempre en el cielo, ó eternamente desgraciado en el infierno! “*Si el árbol cayese hacia el Mediodía, ó hacia el Norte, dice el Espíritu Santo, donde quiera que caiga, allí quedará*” Y á los goces sin fin de la otra vida se va por las transitorias penalidades de ésta. “Porque, como dice el Apóstol, las aflicciones tan breves y tan ligeras de la vida presente, nos producen el eterno peso de una sublime é incomparable gloria”

Si te propusiesen quinientos años de vida felicísima á cambio de tres años de humillaciones y sacrificios, ¿no elegirías éstos por conseguir larga y dichosa existencia? Pues ¡con cuánta mayor razón deberemos constantemente preocuparnos de conseguir una dichosísima eternidad, aunque nos costase cien años de incesantes sacrificios! San Antonio Abad aconsejaba á sus discípulos que tuviesen siempre ante sus ojos los goces eternos del cielo y los eternos tormentos del infierno. San Luis Gonzaga, antes de emprender obra alguna, se preguntaba: “¿Qué tiene que ver esto con la eternidad?” O eternidad feliz, ó eternidad desdichada. Elige. ¿Qué debo hacer ó qué debo evitar yo en adelante, para conquistarme una feliz eternidad? *Afectos. Propósitos. Coloquios.*

DIA XV.

CONGREGACIONES PIADOSAS.

I. *Preludio*.—Imaginarlos que estamos oyendo á Cristo nuestro Señor recomendar al joven del Evangelio una vida más perfecta.

II. *Preludio*.—Pedir gracia al Señor, para conocer los grandes bienes que proporcionan al alma las congregaciones piadosas.

PUNTO I.

Las ventajas espirituales de las congregaciones.—

Son éstas un pequeño remedo de aquellas reuniones fervorosas de los primeros cristianos, en las cuales se oraba, se entonaban cánticos de alabanzas y acciones de gracias al Señor, oíase con respeto y docilidad la voz de los ministros del Santuario, y mutuamente se exhortaban en tiempos de persecución religiosa á la fidelidad y al martirio: . . . De las catacumbas y de los oratorios extendiéronse estas congregaciones á los desiertos, donde vivían como ángeles los solitarios y más adelante los monjes. Para gozar de los saludables frutos de estas edificantes reuniones, establecieronlas poco después en las ciudades cristianas fervorosas, á quienes los sagrados lazos del matrimonio y las obligaciones que los ligaban al siglo, impedían consagrarse á Dios en el desierto ó en los claustros. Así nacieron esas asociaciones, hermandades y cofradías tan conformes con el espíritu de la Iglesia, y tan útiles á la sociedad por

su generoso empeño en promover la piedad, la caridad, el amor al trabajo, las ciencias y las artes. . . .

Tales son los gremios parroquiales y las cofradías, . . . las congregaciones de la Santísima Virgen, asociaciones del Sagrado Corazón de Jesús, centros del Apostolado de la Oración, de la Guardia de Honor del Sagrado Corazón de Jesús, y tantas otras. En muchas de estas asociaciones hácese en común algunos ejercicios espirituales, meditaciones, lecturas y oportunas exhortaciones. . . . Recursos ingeniosísimos y eficaces, con que bajo nuevas formas busca con ansia nuestras almas el Corazón sacratísimo de Jesús! . . . Excitados y comprometidos en virtud de los estatutos, propios de cada asociación, á ser en adelante buenos y fervorosos; los fieles en ellas inscritos adelantan sobremanera en la práctica de la vida cristiana y en los caminos de la perfección evangélica. . . . Por esto decía San Alfonso María de Ligorio que en su larga carrera de misionero siempre había observado que en veinte fieles de los inscritos en alguna piadosa congregación, no había que lamentar tantos pecados, como en uno solo de los que no pertenecían á asociación alguna. . . . ¿Cuáles son las congregaciones en que yo estoy inscrito? . . . ¿Cumplo seriamente con sus estatutos y las obligaciones que en ella se imponen? . . . ¿Adelanto en el amor á la piedad y en la práctica de las virtudes cristianas y en la frecuencia de los santos sacramentos? . . . ¿Crece en mí de día en día el odio al pecado y á las vanidades del siglo, y el menosprecio de los respetos humanos? . . .

PUNTO II.

Fidelidad con que debo cumplir los deberes que me imponen las congregaciones.—Bien sabemos que ninguna de las prescripciones reglamentarias en estas congregaciones obliga bajo pecado, ni aun siquiera venial.... Pero no por eso debo dispensarme de cumplir con ellas; porque, tratándose de aprovechar seriamente en el camino de la salvación, preciso es desplegar mucha generosidad con Dios nuestro Señor y tener muy presente aquella saludable máxima del Espíritu Santo: “*Todo cuanto pudieres hacer de bueno, hazlo sin perder tiempo; puesto que ni obra, ni pensamiento, ni sabiduría, ni ciencia ha lugar en el sepulcro, hacia el cual vas corriendo*”.....

Tal es el fin de las congregaciones..... tal es, felizmente, la práctica que en ellas se observa; y ya en el siglo XVIII, al hablar de los copiosos frutos de las congregaciones de la Santísima Virgen, decía en su “Bula de oro” el Papa Benedicto XIV: “Apenas se puede creer la saludable influencia, que estas piadosas asociaciones vienen ejerciendo en todas las clases de la sociedad. Los unos, caminando desde sus más tiernos años por la senda de la inocencia y de la piedad bajo la protección de la Bienaventurada Virgen María, han conservado hasta el fin una conducta irreprochable, mereciendo coronar su vida ejemplar con la gracia de la perseverancia final. Otros, arrancándose á las seducciones de los vicios que miserablemente los encadenaban y á las vías de iniquidad en que se hallaban enredados, vueltos al buen camino con los auxilios de la clementísima Madre de Dios,

emprendieron desde luego una vida de templanza, de justicia y de piedad. Otros muchos, en fin, gracias á la tierna devoción que en buen hora han concebido hacia la bendita Madre de Dios, llegando al más alto grado de divina caridad y abandonando con generoso corazón los falsos bienes y los placeres pecadores de este mundo, han ido á buscar en la vida religiosa un estado más santo y menos expuesto, y clavados, por decirlo así, á la cruz con Jesucristo, por medio de los tres votos de religión, se han aplicado del todo á trabajar en su propia perfección y en la salvación de los demás”..... Y en efecto, de una de las congregaciones de Italia salieron en menos de cuarenta años más de quinientos miembros para ingresar en diferentes institutos religiosos; el Director de una de las de Sicilia, vió entrar en diferentes noviciados á más de setecientos congregantes de la suya. Y felicísimos resultados de este género han marcado en diferentes épocas los sólidos progresos, que en la piedad y en el deseo de mayor perfección caracterizaron siempre el espíritu de las demás congregaciones diseminadas por todos los países..... Sacerdotes y magnates, magistrados y militares, artistas, sabios, comerciantes, todas las clases de la sociedad, caben en ellas.... Su objeto no se limita tan sólo á las prácticas de piedad; sino que se extiende á la enseñanza de la doctrina cristiana, fomento de la piedad, reconciliación de los enemigos, alivio de todas las necesidades temporales, defensa de los desvalidos y restablecimiento del orden y armonía en las familias..... El orgullo, encubierto á veces bajo capa de piedad y de celo, excita desavenencias

en el seno de las cofradías y asociaciones de piedad,.... y satisficé, después de haber sembrado excisiones, con el mezquino recurso de *borrar* su nombre del registro de inscripciones!..... ¡Espíritu de refinado egoísmo y de discordia!..... ¡Espíritu satánico, que brama con hipócritas pretextos, por deshacer las obras de Dios!..... ¿Qué espíritu es el mío en el seno de las congregaciones?..... ¿Busco la gloria de Dios,.... ó la satisfacción de mi amor propio?.....

Afectos..... Propósitos..... Coloquios.....

DIA XVI.

PECADO VENIAL.

I. *Preludio*.—Imaginarme como aquel infeliz de la Parábola, que, yendo de Jerusalén á Jericó, cayó en manos de ladrones que le despojaron é hirieron.

II. *Preludio*.—Pedir al Señor gracia para conocer el estado de mi alma y la deformidad del pecado venial.

PUNTO I.

En qué consiste el pecado venial.—El pecado venial no nos priva de la gracia y amistad de Dios; pero disminuye el fervor de la caridad y merece pena temporal. Distingúense en él cuatro grados:

- 1) *Imperfección*, ú omisión de una obra buena, que fácilmente podemos hacer. En ella no hay verdadera culpa; por lo que no es en rigor pecado venial.
- 2) pecado venial *indelicado*; tampoco es verda-

dero pecado, pues no hay advertencia ni consentimiento.

3) *Deliberado y con plena voluntad*, pero no habitual.

4) *Plenamente voluntario y por costumbre*.

Si los de primero y segundo grado no deben alarmarme, aunque sí hacerme cauto y diligente en el servicio de Dios; no así los del grado tercero y cuarto, pues cométese con plena advertencia y arguyen poco temor de Dios, especialmente el que se comete por hábito ó costumbre..... En qué faltas caigo yo de ordinario?.....

PUNTO II.

Deformidad del pecado venial.—El pecado venial que se comete con deliberación es si verdadero mal y ofensa de Dios nuestro Señor, pues es un desorden en la elección de los medios que tienden á nuestro último fin..... No menosprecia, como el pecado mortal, la amistad de Dios; pero la descuida con actos que desagradan á Su divina Majestad.... Aunque con un solo pecado venial, una mentira leve, por ejemplo, pudiéramos conseguir que saliesen del infierno todos los condenados, no podríamos nunca cometerle; porque jamás puede ser lícito ofender á Dios, ni aun levemente..... Y; tantos pecados veniales como he cometido yo con plena deliberación, y advertencia!..... Murmuraciones,..... mentiras,..... familiaridades peligrosas,..... disipación,..... egoísmo!.....

PUNTO III.

Daños que causa al alma el pecado venial.—1) Disminuye el fervor de la caridad en el servicio de Dios.

2) Nos priva de aquel amor de benevolencia, con que Dios trata á las almas fervorosas, como en otro tiempo Abraham, Tobías, etc.

3) Impide que consigamos del Señor muchas gracias actuales, con que podríamos crecer en perfección.....

4) Hace que el alma aparezca fea y deforme á los ojos de Dios, como un cuerpo herido..... como Job cubierto de úlceras, como Lázaro lleno de llagas á la puerta del Epulon.....

5) Hay en el alma *lucro cesante* de méritos, pues la priva de merecer mucho más.....

6) *Daño emergente*, ó verdadero perjuicio con la tibieza que en el divino servicio causa el pecado.

7) Peligro extraordinario de perder la gracia; puesto que el venial, privándonos poco á poco del temor de Dios, va disponiendo el alma al pecado mortal. Por eso dice el Espíritu Santo: "*Poco á poco se arruinará el que desprecia las cosas pequeñas*".....
¿De cuántos bienes he venido privándome yo con los muchos pecados veniales, que he cometido!.....

Cómo debo evitarlos en adelante?.....

PUNTO IV.

Cómo evitaron los Santos el pecado venial.—San Juan Bautista, del cual decía el divino Salvador que "entre los nacidos de mujer no había habido nadie

mayor que él," para librarse de caer en algún pecado el más leve, huyó al desierto, y allí vivió la mayor parte de su vida..... *Santa Catalina de Sena*, por una respuesta inadvertida que dió á su confesor, lloró é hizo penitencia durante muchos días..... *Santa Cristina*, para evitar pecados en otros, castigábase con inauditos rigores..... Y ¿qué penitencias ó sacrificios me impongo yo por los pecados veniales que cometo?.....

PUNTO V.

Medios que debo poner en práctica, para evitar los pecados veniales.—Debo, ante todo:

1) *Orar* con frecuencia, con humildad y con fervor.....

2) *Hacer diligentemente examen* de mi conciencia.....

3) *Mortificarme*, y mucho más en cosas pequeñas; porque máxima sapientísima es aquella de que: "Tanto más aprovecharás en el espíritu, cuanto mayor sea la guerra que á ti mismo te hagas."

4) *Evitar el mal ejemplo* de las personas de conciencia poco delicada; porque no ha de tener en cuenta el Señor lo que otros han hecho, sino lo que hemos hecho nosotros: "Ejemplo os he dado, dice El, para que pensando lo que yo he hecho con vosotros, así lo hagáis vosotros también."

5) *Extirpar vanos pretextos*, como por ejemplo, que "el rigor perjudica á la salud." Bueno es atender á la salud del cuerpo; pero no á costa de la salvación del alma; más daña á ésta la tibieza.

6) *Huir con invencible tesón* de esa *contemporá-*

zación funestísima, hoy tan en boga, con las máximas peligrosas del siglo. Tal es la escandalosa facilidad con que se deja de oír Misa en los días de fiesta, y se profanan con ciertos trabajos, compras y ventas esos santos días, que deben consagrarse á Dios. . . . La lectura de libros y periódicos, que, sólo por ser peligrosos, están prohibidos por ley natural. . . . La asistencia á teatros, en que de ordinario ó con frecuencia quedan mal parados el honor de Dios y la virtud. . . . El que á esos y otros espectáculos asistan muchos, no prueba que sean inocentes. . . . Porque muchos sean los que se condenan ¿has de tener el mal gusto de condenarte tú también?

Afectos. . . . Propósitos. . . . Coloquios. . . .

DIA XVII.

LA DIVINA MISERICORDIA.

I. *Preludio.*—Imaginarnos que estamos viendo á Cristo nuestro Señor perdonando sus pecados á la Magdalena.

II. *Preludio.*—Pedir al Señor gracia, para conocer la benignidad de su amantísimo Corazón, y confiar en El y amarle cada día más.

PUNTO I.

La infinita misericordia de Dios en tiempo de la Ley antigua.—Aparecía el Señor en aquellos lejanos tiempos lleno de majestad, que hacía temblar á los hebreos en el Siná, y fulminar gravísimas amenazas

por boca de los profetas. Y, sin embargo, muéstrase con frecuencia como madre tiernísima, siempre propensa á la benignidad y al perdón. “Yo juro, dice por el profeta Ezequiel, que no quiero la muerte del impío, sino que se corrija de su mal proceder, y viva. Convertíos, convertíos de vuestros perversos caminos; y por qué habéis de morir, oh castros, los de la casa de Israel?—Gravísimos fueron los dos pecados del rey David; y con todo, al recordarlos compungido en presencia de Natán, diciendo de lo íntimo de su corazón: “Pequé contra el Señor,” el profeta, divinamente inspirado, le contesta: “El Señor, que ve tu arrepentimiento, te ha perdonado tu pecado.” Por eso, el agradecido monarca cantaba en uno de sus Salmos esta amorosa misericordia: “Cantando me estará eternamente las misericordias del Señor.”—¡Verdaderamente, las misericordias del Señor son grandes sobre todas sus obras. . . .!

PUNTO II.

La divina misericordia en tiempo de la Ley de gracia.
—Anuncia ya el ángel al castísimo Patriarca José, al decirle: “Dará á luz (María) un hijo á quien pondrás por nombre Jesús; pues él es el que ha de salvar á su pueblo ó librarle de sus pecados.”—Pues, si su nombre es de Salvador; y todas sus palabras parecen rebosar también benignidad y misericordia: Porque el Hijo del hombre ha venido á buscar, decía El, y á salvar lo que había pericido. . . . —Y ¡cuánta amabilidad y ternura no se desprende de aquellas parábolas preciosísimas que El predicaba, del buen

Pastor, del Publicano y del Hijo pródigo, y de su clemencia al perdonar á la Magdalena, á la mujer adúltera, á Zaqueo, á San Pedro y al buen Ladrón, á quien concede, en medio de sus dolorosas angustias, y en aquel mismo día los eternos goces del Paraíso!..... No es maravilla, cuando en sus divinas predicaciones habia dicho tantas veces á las turbas: "*Venid á mí todos los que andáis agobiados con trabajos, que yo os aliviaré*"...... Pues ¿quién habrá, por grande pecador que sea, que pueda desconfiar de su infinita misericordia?.....

PUNTO III.

Yo mismo soy prueba harto expresiva de esta infinita misericordia. Con sólo recordar las ofensas que en distintas épocas he cometido contra mi Dios y Señor amantísimo, motivos de sobra tengo para exclamar con el Real Profeta: "*Es grande tu misericordia para conmigo, y has sacado mi alma del infierno profundo, librándome de caer en él*"...... Y aun después de tantas ingratitudes mías, ¡con cuántas gracias no viene regalándome desde entonces este Señor amabilísimo!..... Razón tengo yo para exclamar diariamente con el Salmista: "*¡Ah, Si me olvidase yo de ti, Oh, Dios mío, entregado sea al olvido, seca quede mi mano derecha; pegada quede mi lengua al paladar, si no me acordase de ti,*" oh, Dios clemente y misericordiosísimo!.....

Afectos..... Propósitos..... Coloquios.....

DIA XVIII.

EL REINO DE CRISTO.

I. *Preludio.*—Imaginaros ver á Cristo nuestro Señor predicando por los pueblos de la Judea y de la Galilea.

II. *Preludio.*—Pedir al Señor gracia para conocer intimamente, seguir y amar á Cristo, nuestro divino Rey.

PUNTO I.

Un Rey generoso y amabilísimo busca soldados que le sigan.—Hay un rey, elegido por el mismo Dios, como en otro tiempo David, para gobernar un gran pueblo. Este Rey, valeroso, nobilísimo y amable, reúne en sí todas las brillantes cualidades que han ennoblecido en todas las épocas á los más famosos monarcas del universo. En sabiduría supera á Salomón; en ánimo esforzado y heroico, á David y San Fernando; en delicadeza de conciencia y resignación, á San Luis; en celo por la gloria de Dios, á San Esteban, Carlo Magno y Felipe II. Es de aspecto agraciado y majestuoso, grande en sus empresas, magnánimo en arrollar y vencer todo género de dificultades, padre de sus vasallos y benigno y afable con todos.....

Este gran Rey, cuyas amables dotes describe en su libro de los Ejercicios espirituales San Ignacio de Loyola, no es otro que Cristo nuestro Señor, verdadero Hijo de Dios, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Verbo divino que, por salvar nues-

tras almas, vino á vestirse de nuestra humana naturaleza en el seno virginal de María, verdadero Dios y verdadero Hombre. Como Rey fué ya adorado por los Magos, días después de su nacimiento; los cuales, después de haber entrado en Jerusalén preguntando por este divino Niño, que ya en la cuna era Rey de los judíos, fueron á rendirle en Belén humilde tributo de vasallaje, amor y adoración. Es Rey eterno, no mortal y caduco como los demás; porque "Jesucristo, como observa el Apóstol, el mismo que ayer, es hoy; y lo será por los siglos de los siglos. Rey universal, por más que haya quien se niegue á reconocerle; y día vendrá en que ante este Rey de reyes y Señor de los que dominan se reunan todas las generaciones, y "al nombre de Jesús se doblará toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno".

Es Rey el más excelente "y el más excelso entre los reyes de la tierra." De su belleza dice el Espíritu Santo que es "el más gentil en hermosura entre los hijos de los hombres; y en sus labios se ve derramada encantadora gracia". De su majestad basta decir que "es el resplandor de la gloria del Padre y vivo retrato de su sustancia" ó persona. En El "están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia". del poder, de la inteligencia, de la santidad.

Es Rey tan benéfico y amable, que "me amó, y se entregó á sí mismo á la muerte por mí. Rey tan benéfico, que "no está lejos de cada uno de nosotros," sino que con nosotros habita por el grande amor que nos tiene: "sus delicias son estar con los hijos de los hombres."

Es legítimo Rey, por razón de la herencia y dona-

ción que ha recibido del Padre. "Yo, dice El, he sido por El constituido Rey sobre Sión, su santo monte. A mí me ha dicho el Señor: Tú eres mi hijo: Yo te engendré hoy. Pídemme, y te daré las naciones en herencia tuya, y extenderé tu dominio hasta los extremos de la tierra". Es nuestro Rey por título de redención, pues resultamos de nuevo posesión suya, por cuanto por El hemos sido rescatados. Rey nuestro es, además, por título de elección, porque como á Rey y guía amantísimo, le hemos profesado en el bautismo. Y que es Rey, El mismo se dignó confesarlo á Pilatos, al contestarle: "Así es como lo dices; yo soy rey". ¿Qué Rey tan majestuoso y tan amable. ? Le reconozco yo en todas mis obras como mi verdadero y dulcísimo Rey.

Pues este Rey generosísimo reúne un día á sus capitanes y soldados; y les dice: Sabéis que un tirano se ha atrevido á invadir y devastar una de las provincias de mi imperio; yo me he propuesto ir á desalojarle de ella, vencerle y dar libertad á nuestros compatriotas. Los que de vosotros quieran acompañarme, vengan conmigo, y siganme. No creo que pretendáis ser de mejor condición que vuestro Rey, y espero que os contentaréis con el alimento y el vestido que yo tenga. Trabajaréis conmigo de día, y velaréis de noche, y juntos pelearemos con fortaleza. Ninguno de vosotros morirá, á no ser que vuelva la espalda al enemigo; podréis ser heridos, pero de vuestras heridas fácilmente sanaréis. No temáis que se prolongue la guerra; en breve será vencido el tirano, y á mi regreso distribuiré abundantes premios á mis guerreros. A unos los constituiré por gover-

nadores de una ciudad; á otros, de dos; á otros de cinco, á cada uno según sus méritos. El que menor premio obtenga, será nombrado príncipe.”.....— ¡Qué Rey tan generoso y digno de incondicional adhesión.....!

PUNTO II.

Adhesión, que todos debemos mostrar á tan buen Rey.
—El pueblo, que gobierna este Rey, es todo el mundo, y todas las generaciones, desde Adán hasta el último de sus descendientes..... El Rey es nuestro amabilísimo Jesús. El tirano, que ha ocupado, no una provincia tan sólo, sino todo el imperio, es el demonio, y también el pecado..... La campaña, que resuelve emprender este gran Rey, es la grande obra de alejar de nosotros el pecado.... Las condiciones que se imponen á los seguidores de tan gran Rey, son los mandamientos de la ley de Dios, los preceptos de la Iglesia y toda la doctrina del Evangelio. Los guerreros más valerosos en esta campaña, son aquellos fieles fervorosísimos que quieran distinguirse en trabajar por la santificación propia y la salvación de los demás.....

¿Qué debemos contestar á las razonables y ventajosas propuestas de tan grande y nobilísimo Rey?.... Sin duda que toda persona sensata y agradecida considerará justo y honroso afiliarse bajo sus banderas y militar á sus órdenes..... Roban nuestro afecto las virtudes y la amabilidad de algunos hombres distinguidos, de quienes nos hablan con elogio las historias..... Constantino y sus hijos, que se encomendaban con empeño á las oraciones de San

Antonio Abad, y se tenían por honrados con recibir cartas suyas;.... el Emperador Máximo y su esposa, que por devoción á San Marjín, no querían tomar vino, si antes no lo habia gustado el santo Obispo;.... el Papa y algunos cardenales, que se consideraban felices con sentar alguna vez á su mesa á San Francisco de Asis ó á Santo Domingo de Guzmán..... Y es, que los hombres virtuosos son, de una manera especial, imagen de Dios nuestro Señor, como lo entendian los fieles de Listria, al exclamar, viendo entre ellos hacer maravillas á San Pablo y San Bernabé: “*díases son estas que han bojado á nosotros en figura de hombres*”.....

Cuando huyendo del rebelde Absalón, salía David de Jerusalén descalzo y descubierto, vió entre los guerreros fieles que le seguian, al fiel getéo Etai, que el día anterior habia entrado á su servicio; y conmovido ante este rasgo de extraordinaria lealtad, le invitó á volverse á la capital, para que pudiese recibir mercedes del nuevo rey; pero Etai le contestó: “*¡Vive Dios, y vive el rey mi Señor! que quiera que tú, oh rey y señor mio, estucieres, ó para vivir, ó para morir, allí estará tu siervo*”!..... Cuando los japoneses supieron que San Francisco Javier habia ido desde Europa, á través de tantas penalidades, á visitar aquel lejano país para salvar sus almas, admirábanse en gran manera, y seguianle gozosos con mucho respeto y entusiasmo..... Efestión, compañero de Alejandro Magno, de tal manera procuraba seguirle y complacerle, que hasta tenia á honra el llevar torcida la cabeza, por imitar en algo al invicto macedonio..... Los polacos en la batalla de Leipsik arros-

traban animosos toda clase de peligros, y muchos de ellos morían exclamando: "¡Viva el Emperador!"..... Aún la inhumana Isabel de Inglaterra llegó á tener entusiastas admiradores; y entre otros, Walter Raleigh tenía á gala el tender su capa sobre el lodo, para que sobre ella pasase aquella Reina de tristes recuerdos.....

Si, pues, en este mundo han tenido fieles y entusiastas seguidores los buenos, y aun algunos malos; ¿no será razón que, pecho por tierra, sigamos á nuestro divino Rey, Cristo Jesús, en las luchas que diariamente se nos ofrecen para huir el pecado y practicar la virtud?..... Y ¿á quién he seguido yo hasta hoy?..... ¿A quién, y hasta qué punto resuelvo seguir en adelante?.....

PUNTO III.

Los buenos soldados de este divino Rey debemos distinguírnos en su servicio.—Señaladísimas pruebas de amor, son las que El nos dió descendiendo de los cielos por salvar nuestras almas..... Y su vida santísima sobre la tierra fué vida de penalidades, de abnegación y de sacrificio por amor nuestro... Así que, entretantos que ingratos no correspondieron á sus beneficios, muchos había que no podían resistir á la irresistible y divina influencia que ejercía sobre los corazones..... Por su oculta divinidad y su bondad sin precedente y encantadora, atrajo hacia sí á los pastores, á los Magos, á los discípulos, á la Samaritana, á la Magdalena..... por su liberalidad, al pueblo, que se disponía á hacerle Rey; por su sa-

biduría, á los soldados enviados por los fariseos para prenderle; por su conversación, á Zaqueo; por su paciencia, al buen ladrón..... ¿Qué debo hacer yo, para seguirle, señalándole más que otros en su servicio?.....

Me ofreceré á El, no sólo para seguirle en la observancia de su santa ley, sino para imitarle en los caminos que incesantemente ha recorrido de tribulación y de sacrificio..... Y le diré con todo mi corazón: "Eterno Dios y Señor de todas las cosas: con vuestro favor y gracia, ante vuestra infinita Majestad, vuestra Madre Santísima y todos los santos de la corte celestial, declaro que quiero y deseo y es mi determinación deliberada, en cuanto sea compatible con vuestro mayor servicio y alabanza, imitaros en sufrir toda clase de injurias y vituperios, y no sólo la pobreza de espíritu, sino también pobreza actual, si vuestra divina Majestad se digna elegirme para padecer algo por su gloria....."

Afectos..... Propósitos..... Coloquios.....

DIA XIX.

EL CASTÍSIMO PATRIARCA SEÑOR SAN JOSÉ.

I. *Preludio*.—Imaginaros que contemplamos á Señor San José en compañía de la Santísima Virgen y del divino Niño Jesús.

II. *Preludio*.—Pedir al Señor gracia, para conocer algo de la grandeza de Señor San José, y tenerle especial devoción.